EL REY CUERVO

CUENTO DE LOS HERMANOS GRIMM



LOS PRIMEROS CUENTOS

EL REY CUERVO

Cuento de los HERMANOS GRIMM

1$\frac{1}{2}$1,30



154

Versión española de JOSÉ MARÍA HUERTAS

Dibujos de FREIXAS

180X262

COLECCION MIS PRIMEROS CUEN

Gorostiaga, 1650

EDITORIAL MOLINO

BIBLIOTECA NACIONAL

MIS PRIMEROS CUENTOS

PUBLICADOS

Nº 1 - Blancanieves
Nº 2 - Alí Babá y los Cuarenta Ladrones
Nº 3 - La Cenicienta
Nº 4 - Barba Azul
Nº 5 - Pulgarcito
Nº 6 - Aladino o La Lámpara Maravillosa
Nº 7 - El Agua Milagrosa
Nº 8 - Los Tres Pelos del Diablo
Nº 9 - El Rey Cuervo

EN PREPARACIÓN

Nº 10 - Caperucita Roja

PRECIO DE CADA TOMO $ 1.50

PRIMERA EDICION: DICIEMBRE DE 1938

...opiedad en lo referente a los derechos en español
...presente versión e ilustraciones

...38 by EDITORIAL MOLINO
...uenos Aires (Argentina) - Printed in Argentina
...DE EDITORIAL MOLINO - BUENOS AIRES



ESTA vez era un rey, padre de una sola hija. La princesita era de lo más bello que os podáis imaginar. Sí, sumamente hermosa resultaba aquella jovencita y ni aun los más viejos, entre los más viejos habitantes del país, recordaban haber visto una belleza parecida y ni siquiera tener noticias de que jamás hubiese existido.

Desgraciadamente, la princesita tenía un defecto.

Por cierto que era un defecto grave, algo muy serio. Tan serio resultaba, que toda la gran belleza de la princesita, no bastaba para disimulárselo.

¿Sabéis cuál era el defecto de la linda princesa? Pues que la dominaba la altivez y el orgullo; que era una desdeñosa. ¡Ya véis si venía a ser grave el caso!

A la hija del rey todo le parecía poco para

ella. Fiestas lujosas, regalos suntuosos, joyas deslumbrantes, el desvelo constante de sus servidores... ¿Acaso no era la hija del monarca y la más hermosa princesa del mundo?

Fácil es suponer que abrigando tal presunción, nuestra princesa, cuando hubo de escoger marido no encontró ninguno que fuera de su agrado. Todos los pretendientes que se le fueron presentando, hubieron de sufrir sus ofensivos desdenes.

Sin embargo, el rey, padre de la vanidosa princesita, tenía sumo interés en casar a su hija. Y sin desalentarse ante el poco éxito hasta entonces obtenido por los que aspiraran a la mano de su hija, decidió celebrar espléndidas fiestas en su palacio, a fin de reunir en los salones a todos los que se consideraran dignos de emparentar con la hermosa joven

Fueron anunciadas debidamente las regias fiestas y aun a título de rumor, se hizo circular también que durante las mismas, la bella princesita eligiría al que habría de convertirse en su afortunado esposo.

¡Qué tremolina motivó el rumor aquel! Yo no sé cómo, pero lo cierto fué que la noticia de las regias fiestas y la suposición de que la princesa escogería marido en el transcurso de las mismas, llegó hasta el más apartado reino que entonces existía; y del rincón más alejado del mundo llegaron reyes, príncipes, duques, marqueses, condes, barones y toda clase de caballeros. Que todos ansiaban ser elegidos esposo de la maravillosa princesita.

La capital del reino de nuestra historia quedó



LA HERMOSÍSIMA JOVEN HIZO SU APARICIÓN

completamente invadida por los forasteros y los habitantes de la ciudad andaban maravillados ante el lujo de los aspirantes e invitados a las fiestas reales.

FINALMENTE, llegó el día en que dieron comienzo las tales diversiones regias. Todos los concurrentes estuvieron unánimes en admitir que el soberano del país había preparado soberbios festivales en honor de sus huéspedes; más también todos éstos, con unánime impaciencia, aguardaban el momento en que aparecería la suspirada princesita.

La hermosísima joven hizo su aparición llevada de la mano por el rey, su padre. Y fuerza es decir que no defraudó a ninguno de sus enamorados galanes. Tan hermosa aparecía, con el realce de sus ricos vestidos y soberbias joyas, que su paso fué seguido por una estela de murmullos de admiración.

Más, ¡hay!, también pasó con mayor altivez que nunca.

Llevada de la mano por su padre, como hemos dicho, la princesita pasó con desdeñosa majestad por entre la larga fila de sus inclinados pretendientes, a los que contempló con decidida expresión de lástima.

Uno tras otro le fueron presentados, y uno tras otro aquellos ricos y nobles aspirantes a su linda mano, se vieron víctimas de sus burlas y sarcasmos.

Cuando le presentaron a un príncipe muy gordo exclamó:



—¿DESDE CUÁNDO SON PRÍNCIPES LOS TONELES?

- ¿Es posible? ¿Desde cuando son príncipes los toneles?

Y un poco más allá, al ofrecerle sus respetos cierto príncipe alto y flaco, notificándole asimismo que era uno de los pretendientes de su linda mano, declaró con su expresión más desdeñosa:

- Pues es en vano que me pretendáis... ¡Jamás me casaría con una percha como vos!

Y así siguió despreciando y mofándose de sus nobles adoradores. A un duque de muy pequeña estatura le llamó "perrito sentado"; se rió en las propias narices de un conde muy coloradote, asegurando que se pintaba; de otro dijo que era más negro que la tinta; al siguiente le encontró el defecto de estar más arrugado que una pasa, y a todos repetimos, les fué hallando defectos, de manera que les dejó tan corridos, que los pobres no sabían en donde poner los ojos, ni qué postura adoptar para disimular el ridículo.

Bien veis que la tal princesita, pese a su extraordinaria belleza, era sumamente mal educada.

Sin embargo, con quien se mostró más cruel fué con cierto rey, casi tan altivo como ella y que iba lujosamente vestido, si bien por desgracia, tenía una barbilla prominente y puntiaguda como la de ciertos viejecitos.

Al toparse la princesita con él, se le quedó mirando fijamente, cual si se bubiera encontrado con un bicho raro, hasta el extremo de que abochornó al joven soberano que sólo cometiera el delito de prendarse de la belleza de tan desdeñosa jovencita.



—PUES JURO QUE TE CASARÁS CON EL PRIMER PORDIOSERO

- Fijáos - gritó ella, con toda crueldad y sin parar mientes en lo violento que se hallaba el joven rey. - ¡Ese tiene cara de cuervo! ¿Y es rey? ¡Vaya un rey cuervo!

Y acto seguido soltó una estrepitosa carcajada.

Para disimular un tanto la difícil situación en que se hallaban los nobles invitados, el rey, padre de la princesita, dió orden de que empezara inmediatamente el baile, y todo el mundo hizo ver que se había olvidado de lo sucedido entre el bullicio de las danzas y de otras diversiones que después siguieron.

Sólo el llamado "Rey Cuervo" no pudo olvidar.

Ya hemos dicho que era también un hombre altivo. No tomó parte en las diversiones, sino que se apartó de ellas. Tal vez por verle tan solitario y quizá también por adivinar en él un carácter tan altivo como el suyo propio, la princesita siguió burlándose del joven monarca, sobre todo motejándole con el apodo de "Rey Cuervo" que le diera, que bien pronto emplearon asimismo los cortesanos y demás asistentes a las fiestas reales, para designar al desdichado soberano.



L llegar el último día de las fiestas y encontrarse el rey conque su hija no había elegido marido entre el gran número de pretendientes que le presentara, se mostró enfadadísimo y mucho más cuando al dirigirse a la princesita apremiándola



RECIÓ UNO DESGREÑADO Y MAL VESTIDO

sobre el particular, la orgullosa joven le hizo saber que no había encontrado ninguno que fuera de su gusto y que los despreciaba a todos.

Semejante respuesta llevó al colmo la cólera real y sin fijarse en que alguien pudiera oir sus palabras, barbotó entre dientes:

- Conque los desprecias ¿eh? Pues juro que te casarás con el primer pordiosero que acuda a las puertas de mi palacio.

Tomada tan tremenda decisión, el soberano despidió a sus nobles invitados excusándose como mejor pudo. Ya se puede imaginar que muchos, la mayoría, partieron con largas caras, sin que les consolaran las buenas palabras del padre de la princesita.

Hasta transcurridos dos días, no se presentó a las puertas del palacio mendigo alguno. Al segundo día compareció uno desgreñado y mal vestido que, sin embargo, tocaba maravillosamente la mandolina y cantaba con melodiosa voz.

La princesita prendada por ella, le hizo cantar dos o tres tonadillas populares, y cuando terminó, el rey que también había escuchado, se adelantó y dijo:

- Me gustan tu canto y tu música, vagabundo. Y hasta tu [illegible]nismo me agradas... Tanto es así, que te concedo la mano de mi hija.

El mú[illegible]ico mendigo se quedó con [illegible] abierta al escuchar tales palabras. Y [illegible] no digamos.

- ¿Que? ¿No aceptas? - pregu[illegible]

- ¡Ya lo creo! ¡Y encanto[illegible] pordiosero. - Gracias, señor.



—TE CASARÁS CON ESE MENDIGO

Naturalmente, la que no se mostró tan conforme fué la princesa.

- Padre y rey mio - dijo, indignada. - ¿Cómo puedes hablar así? ¿Como puedes ofrecerme a un miserable mendigo? ¿A mi, una princesa, tu hija?

Luego de este gesto soberbio, viendo que el rey continuaba dispuesto a afectuar la boda, la princesita se echó a llorar y prosternada a los pies de su padre, le suplicó que no la forzara a casarse con el mendigo. El rey se mostró inflexible y no le hicieron variar ni las súplicas de las damas de su hija, que también se sumaron a la demanda de la princesita, para que la desigual boda no se llevara a cabo.

- Terminemos, - dijo, por último, cansado. - Te casarás con ese mendigo. Lo he jurado, ¿entiendes?, y jamás he faltado a mis juramentos. Sí lo he jurado. Juré castigar tu orgullo, casándote con el primer pordiosero que viniera a las puertas de este palacio. Has despreciado a los monarcas más poderosos, te burlaste de los príncipes más apuestos, desdeñaste a lo más florido de los duques, marqueses, condes y barones... ¡Pues te casarás con un mendigo!

Y en efecto, media hora después se celebraba la boda, sin el menor esplendor.

Tan pronto hubo terminado la ceremonia religiosa, el severo monarca llamó a los recién casados a su presencia y les habló en estos términos, especialmente dirigiéndose a su hija:

- No podeis seguir aquí. Como comprenderás, hija, un mendigo no debe vivir en un palacio. El



SIN DEJAR DE LLORAR CAMINABA LA PRINCESITA

resulta un estorbo y tú que eres su mujer, lo mismo. Marchaos, pues, y que el cielo os acompañe.

La altiva princesa no tuvo ni ánimos para protestar.

Momentos después abandonaban la residencia regia, donde la ahora mendiga reinara con tanto orgullo y desdén. Hasta la triste satisfacción de verse despedida por sus damas, le fué vedada. El monarca lo prohibió severamente.

DETRAS de su esposo y sin dejar de llorar, caminaba la desgraciada princesita. El marido se preocupaba poco de aquel desconsuelo y a decir verdad parecía muy satisfecho de la boda que había realizado.

Estuvieron caminando durante algunas horas, hasta que al final penetraron en unos hermosos bosques.

La princesita, que parecía haberse consolado un tanto, no pudo sustraerse a la admiración que le producía el lugar por dónde pasaba.

- ¡Qué hermosura! - dijo al fin. - Marido, ¿sabes a quien pertenecen estos bosques tan maravillosos?

El mendigo se detuvo como sorprendido de que se le hiciera semejante pregunta.

- ¿Pero es que no lo sabes? - respondió, al fin. - Pues yo creía que no existía nadie que ignorase tal cosa. ¿De quién han de ser? De ese que dicen



—MUCHAS COSECHAS SE RECOGERÁN EN ESOS CAMPOS

tú bautizaste con el nombre de Rey Cuervo.

Y nuevamente se puso a caminar.

Su mujer le siguió en silencio, entregada a sus tristes reflexiones. ¡Hasta aquel pordiosero sabía que ella se había burlado del Rey Cuervo! ¡Qué mal había obrado! ¡Y cuánta fué su necedad al menospreciar a aquel monarca!

- ¡Ay! - suspiró, cuando no pudo guardar por más tiempo su secreto pesar, - ¡Que tonta fuí al no casarme con él!

Andando, andando, dejaron los bosques y llegaron a una eminencia, desde la que se distinguían unas extensas y fertilísimas campiñas, cuidadosamente labradas.

- ¡Menudas cosechas se recogerán en esos campos! - comentó el pordiosero.

- ¿De quién son, marido? - preguntó la joven, que estaba a su lado.

- Del Rey Cuervo.

- ¡Ah, necia de mí! - se lamentó de nuevo la princesita. - ¡Qué mal hice no casándome con él!

Un poco amoscado, al parecer, el mendigo se puso otra vez en marcha. Al caer de la tarde llegaron a la vista de una enorme ciudad. Era la mayor y más bella que jamás vieran hasta entonces los ojos de la desgraciada princesita.

- Marido, - preguntó - ¿a quién pertenece esta hermosa población?

- Al Rey Cuervo también, mujer.

- ¡Y yo que podía haber sido su mujer! - murmuró la pobrecilla.

Esta vez el pordiosero dió rienda suelta al



ÉSTE SOLTÓ LA GRAN CARCAJADA

malhumor que sentía. Por lo visto, tenía muy fino el oído y había oído lo que su mujer dijera en voz bajísima.

- Oye una cosa - dijo, rudamente; - ya me va cargando eso de lamentarte tanto por no haberte casado con tu Rey Cuervo. Cuando te fué posible hacerlo, no quisiste y ahora que querrías, no puedes. Ahora no puedes, ¿entiendes? Pues que no se te olvide. Conque a callar y a no decirlo más veces. Recuerda que soy yo tu marido y que no quiero oir más lamentaciones. Confórmate con tu suerte y no me obligues a decírtelo de otra manera.

Y tomándola de la mano, la arrastró en pos de él.

Poco rato anduvieron esta vez, pues pronto llegaron ante una cabaña de miserable aspecto, ante la cual el pordiosero se detuvo.

- Bueno, - dijo - ya hemos llegado.

- ¿Que hemos llegado? ¿Y adónde?

- A nuestra casa. Esa es.

Y señaló la pobrísima choza.

- ¡Ya era hora! - gimió la princesa. - Anda, llama a tus criados.

- ¡¿Qué?!

- Que llames a tus servidores - balbuceó de nuevo la princesita, un tanto cohibida por el tono de su esposo.

Este soltó la gran carcajada; le hizo tanta gracia la respuesta de su mujer que hasta se golpeaba la barriga, sin poder cesar en su risa.

En cambio, la pobre princesa se sentía abochornada.



Y ENSEÑÓ A LA PRINCESA COMO DEBÍA COMPONÉRSELAS
PARA ENCENDER LA LUMBRE

- ¡Mis servidores! - exclamó al fin el mendigo, cuando le fué posible hablar. - ¿Quién te ha dicho que los mendigos tenemos criados?

- Pues... Pues, ¿quién te sirve?

- Hasta ahora me he servido yo mismo, si bien desde hoy me vas a servir tú. Y espero que lo harás bién, ¿verdad que sí? Vamos, no te quedes ahí como una tonta: hay trabajo... Anda, enciende el fuego y pon a calentar la olla con agua para la cena. ¡Anda, mujer, que tengo un apetito enorme!...

Sin atreverse a decir que no sabía hacer aquello, la pobre princesita se dispuso a obedecer al pordiosero que era su marido. Naturalmente, la princesita no había trabajado nunca y desconocía en absoluto los quehaceres de una casa: era simplemente un objeto de adorno, pero sin la menor utilidad.

Al verla tan torpe, su marido se puso a gritarle, con lo que, al fin, la pobrecilla cayó en un llanto inconsolable. Entonces el mendigo, maldiciendo, pero quizá también un poco condolido del desespero de la pobre esposa, tomó la leña y enseñó a la princesa como debía componérselas para encender la lumbre. Y dándose cuenta, finalmente, de que ella era completamente inútil, en un santiamén aderezó y cocinó uno de los guisos que le gustaban y que a la infortunada hija del rey, también le pareció exquisito.

Seguidamente de cenar, se acostaron y rendidos de fatiga como estaban, no tardaron en dormirse.



EL MENDIGO SE RASCÓ LA CABEZA UN TANTO PREOCUPADO

En cuanto rayó el día se despertó el mendigo, quien, sin muchas ceremonias, sacudió a su mujer, gritándole entre bostezos:

- ¡Aaaah!... ¡Hala, mujercita! ¡Arriba, que ya es de día!

Pero la princesa, aun muy cansada, gimió un poco y se acostó del otro lado.

El mendigo abandonó el pobre lecho, se rascó la cabeza un tanto perplejo, y al final volvió a gritar:

- ¡Eh, tú, princesa del jergón! ¡Levántate, si no quieres que te levante yo! ¡Arriba, que has de barrer la casa! ¿Oyes? Anda, que lo menos hace un mes que no ha sido barrida.

La princesa, despertada así tan bruscamente, se frotó los ojos y no haciéndose aun cargo de su verdadera situación, preguntó con cierta ira:

- ¿Y acaso esperas que lo haga yo?

- Pues, ¿y quién lo va a hacer? Vamos, levántate ya de una vez.

Obedeció, finalmente, la desdichada y como mejor supo, barrió la cabaña. Lo hizo muy mal, desde luego, pero su marido pareció conforme.

- Bueno, - dijo, cuando la joven hubo concluído de barrer, - ahora a preparar el almuerzo.

Pero si torpe le había parecido la noche anterior, mucho más la encontró por la mañana. Fracasó en el sencillo trabajo de encender la lumbre y ni siquiera supo mondar las cuatro patatas que le dió el mendigo para preparar otro de sus pobres guisos.

¡Qué amargo le supo aquella pobre comida a la princesita, que tan bien comiera el día anterior! ¡Y cuán cara pagaba entonces la tontería de su necio orgullo!

UN par de días bastaron para que quedasen agotadas las escasas provisiones que poseyera el pordiosero. Cuando se hubieron comido hasta la última migaja, el hombre se encaró con su principesca esposa y le habló en estos términos:

- Hoy terminamos esta vida perezosa, mujer. Como no se habrá escapado a tus luces, pues para esto eres más instruída que yo, en esta casa no nadamos en la abundancia. Bien está que, para celebrar el habernos casado, hayamos estado un par de días en completa holganza; pero repito que hoy damos por terminada esta clase de vida. Si no por otra cosa, porque ya no tenemos nada qué comer. De manera que es menester hincar el hombro al trabajo. Tú, que eras toda una princesa, sabrás hacer muchas cosas ¿no es cierto? Pues, ¡hala!, a trabajar.

La joven escuchó todo aquel discurso con la disposición de ánimo que os podéis imaginar. Luego, dando un suspiro, preguntó:

- ¿Y en qué quieres que trabaje?

El mendigo se rascó la cabeza, un tanto preocupado. A pesar de haber dicho que creía a la princesa capaz de hacer muchas cosas,

lo cierto era que no fiaba mucho en ello.

Al fin se decidió:

- Verás... Empezaremos por algo que sabe hacer todo el mundo. Tejerás cestos de mimbre, y yo, entretanto, pediré limosna con mi mandolina.

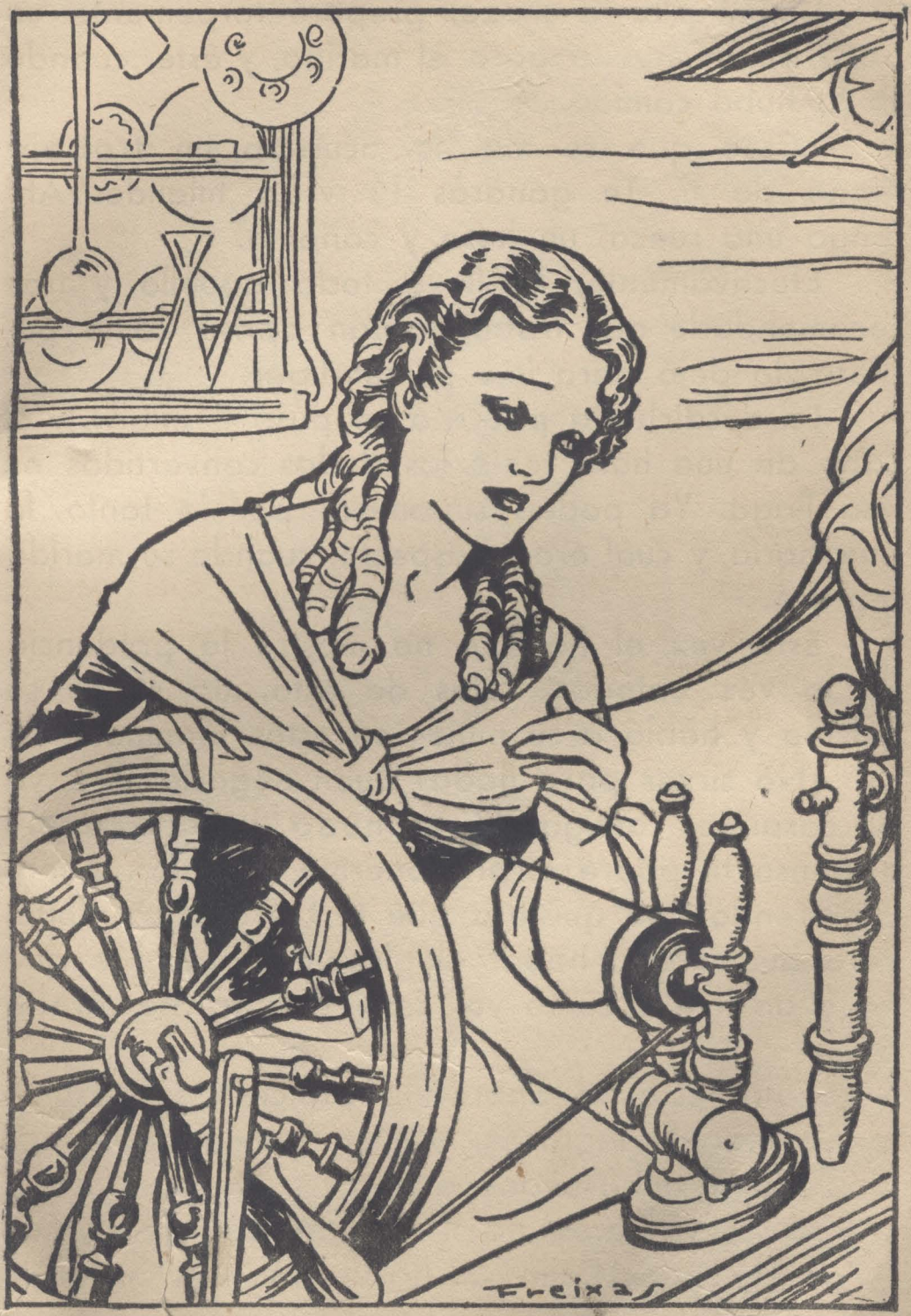
La pobre princesa se conformó. Conque su marido fué y le buscó una buena porción de mimbres, le explicó qué clase de cestillos eran los que más se vendían y se marchó, dejándola entregada a su trabajo.

¿A su trabajo? Bueno... Es un decir. Ciertamente que la princesita trató de hacer lo que su esposo le había mandado, pero era tan torpe, tan torpe, que cuando regresó el mendigo, lo que había hecho daba pena verlo, de mal que estaba y poco que era, y además, se había destrozado sus lindas manitos.

El marido contempló en silencio todo aquello, en tanto que la princesita le observaba, temerosa de que estallara, presa de la mayor indignación... Sin embargo, aun cuando seguramente se sentía muy enfadado, no tuvo corazón para reñir a su atribulada mujer, cuyo aspecto era del mayor temor y desamparo.

- No puedes seguir con eso, - decidió. - Este trabajo resulta demasiado duro para tí. Ya veré yo mañana si se me ocurre alguna otra ocupación que te resulte más fácil. Ahora cenemos con lo poco que he traído, y acostémonos en seguida, que vengo muy cansado.

Al apuntar el nuevo día, el pordiosero saltó del lecho y la princesita hizo lo mismo. Ya se



LA DESDICHADA PRINCESA SE PUSO A HILAR

había acostumbrado un poco a levantarse temprano.

Limpió ella la choza, preparó torpemente un poco de desayuno para el marido, y éste, cuando se lo hubo comido, le dijo:

- Creo que se me ha ocurrido un trabajo digno de ti. Te ganarás la vida hilando. Ahí tengo una rueca, un huso y cáñamo.

Efectivamente, le llevó todo aquello y tras recomendarle que trabajara tan aprisa como pudiera, la dejó para irse a mendigar.

La desdichada princesa se puso a hilar... y al cabo de una hora tenía los dedos convertidos en una llaga. Ya podéis suponeros por lo tanto, lo que haría y cuál era su aspecto, cuando su marido regresó.

Esta vez el hombre no mostró la prudencia de la vez anterior. Lejos de esto, no ocultó su enfado y habló a su mujer en estos términos:

¡No sirves para nada! Buen negocio hice yo al casarme contigo! Y menuda jugarreta me dispensó tu padre al proponerme tal boda. Ahora comprendo que quisiera que te fueras de su lado. Pero bién podía haber elegido otro hombre que no a un infeliz como yo. Estoy casi por devolverte a él.

Claro está, la pobrecilla princesa se deshizo en un mar de lágrimas, y esto pareció ablandar un poco al enfurruñado esposo.

- ¡Ea, no llores, no llores! No te llevaré con tu padre, no... ¡Calla! Si hasta creo que he dado con algo que podrás hacer muy bien!

- ¿Qué es?



LA ORGULLOSA PRINCESA ESTABA VENDIENDO PLATOS
Y CAZUELAS

- Voy a ponerte un puesto de revendedora. Con unas cuantas monedas que hoy me han dado, te compraré unos platos y cazuelas de barro, y a ver si consigues venderlo todo en el mercado. ¿Qué te parece?

El hombre hablaba con cierta satisfacción, convencido de que así ayudaba un poco a su acobardada y torpe esposa. Pero, ¡ay!, esta aun recordaba que no siempre había sido la mujer de un mendigo.

- ¡Muy mal me parece! - contestó. - ¡Olvidas que soy la hija de un rey! ¿Acaso crees que una princesa puede vender loza en un mercado público? ¿Que pasaría si me reconociesen los vasallos de mi padre? ¡Se burlarían de mi!

A medida que la joven se expresaba, su marido iba frunciendo el ceño. Al fin contestó airadamente:

- ¿Ah, si?... Pues escucha, princesa, hija de un rey, ¡y no lo olvides! Esta es la última vez que te opones a mis deseos, ¿estamos? Cuando yo te diga una cosa, debes hacerla, pues si no, te obligaré a hacerlo a palos. Conque princesa, ¿eh? Pues me importa un bledo que lo seas. Al fin y al cabo, he tenido un gran desengaño con que fueras princesa No suponía que salieras tan ignorante.

El resultado de todo esto fué que, al otro día, la orgullosa princesa estaba vendiendo platos y cazuelas en el mercado. Menos mal que tuvo la suerte de no ser reconocida por nadie: andaba tan andrajosa y su casamiento la había cambiado

tanto, que no hubo quién imaginara que aquella fuera la altiva hija del rey de otros tiempos.

Ademas, tuvo suerte. En efecto, a pesar de haber variado tanto, era tan extraordinaria su belleza que llamaba la atención de todos los que acudían al mercado y eran muchos los que, compadecidos de que, siendo tan hermosa, hubiera de estar vendiendo tan pobre mercancía, adquirían algunas de las piezas que allí tenía expuestas, siquiera por tener el placer de recibir una mirada de agradecimiento de sus hermosos ojos,

Resultó, pues, que con el producto de la venta, el mendigo y la princesa pudieron vivir tranquilamente durante una temporada, pero como se terminase el dinero justamente cuando tenía lugar un nuevo mercado, ambos esposos decidieron volver a establecer su pequeño comercio, si bien en esta ocasión compraron una mayor cantidad de piezas. Además, a la princesa le pareció pequeño el sitio que tuviera la vez pasada en el mercado, por lo que decidió montar el puesto a la salida del mismo, en la esquina de una importante calle.

Hacía un rato que se había alejado el esposo y la princesa - ya más atrevida - comenzaba a pregonar su mercancía, cuando apareció por la principal un soldado, al parecer borracho, montado en brioso corcel y antes de que ni la hija del rey ni nadie pensara en evitarlo, las patas del caballo se hallaban en medio del puesto de loza y quedaban hechas añicos todas las piezas que formaban la partida.

Cuando la alelada princesa se recobró del

estupor que le produjera lo sucedido, rompió a llorar con el mayor desconsuelo y, sin hacer caso de la conmiseración de las gentes que se reunieran en el lugar del suceso, se alejó de allí y se fué a llorar a la pobre cabaña que constituía su miserable hogar.

No tardó en llegar también a ella su marido, quién, por lo visto, se había enterado de lo sucedido. Y si la pobre princesa había esperado hallar consuelo en él, se equivocó por completo.

- ¡Con lágrimas no se arregla nada! - fué lo primero que le dijo. - Y eso menos aún. Ya podías imaginarte que en la esquina de una calle tan concurrida no podía colocarse un puesto de cacharros. Si te dejé hacerlo, fué porque supuse que sabrías cuidar de la mercancía. ¡Que imbécil fuí, al fiarme! Sólo tú podías ponerte al paso de soldadotes borrachos... Ahora que, si supones que por eso vas a dejar de trabajar, andas muy equivocada...

Y muy enfadado, salió de la casucha sin preocuparse poco ni mucho, porque su mujer se quedaba llorando.

COSA de una hora más tarde compareció el mendigo por la cabaña.

- Te he buscado trabajo - fueron sus primeras palabras a la pobre princesa. - He ido a palacio y he preguntado si les hacía falta alguna criada. De eso no necesitan, pero si



SE ALEJÓ DE ALLÍ Y SE FUÉ A LLORAR

precisan de una fregona para la limpieza de platos y demás cacharros. Es un puesto muy buscado, ¿sabes? pero al fin, gracias a lo mucho que he rogado y a lo pobres que somos, han consentido en tomarte. Vas a ir ahora mismo y como pierdas la colocación, te rompo las costillas con un garrote. No hay mucho trabajo y, además, lo puede hacer cualquiera, por torpe que sea. Desde luego, sólo trabajarás por la comida, pero me has de guardar una parte para mi, que eso de mendigar cada vez produce menos.

La princesa se guardó mucho de protestar, como hiciera la otra vez y a pesar de que en esta ocasión el trabajo que le proponían era mucho más bajo que el vender loza. Recordaba demasiado bien las amenazas del pordiosero.

Así que aquel mismo día fué a hacer de fregona en la cocina del palacio de su padre, donde en otro tiempo reinara como hija del soberano del país. Y por espacio de varios días tuvo que ocuparse en los más humildes y pesados menesteres.

Para guardar la ración de comida que su marido le exigía se colgó debajo de las sayas un par de potes. Allí colocaba, en cuanto tenía ocasión, algunos bocados para el mendigo, y hasta llegó a sentirse feliz, cuando entre ellos le era posible añadir alguna golosina. Le placía ver la alegría que con ella proporcionaba a su esposo.

Pasaron tres semanas, y una noche hubo una gran fiesta en el palacio. Se celebraba el cumpleaños del monarca. Hubo la gran comilona y como final de fiesta, grandes bailes en los diferentes salones del palacio.



ALLÍ COLOCABA EN CUANTO TENÍA OCASIÓN ALGUNOS BOCADOS PARA EL MENDIGO

La servidumbre de la cocina recibió permiso para asomarse discretamente a las puertas de los salones y contemplar la fiesta. Entre las criadas y cocineros, se hallaba también la princesa fregona. La pobre no había podido resistir la tentación de asomarse a aquellos lugares, en los que tanto brillara en otros días más felices.

Donde más se detuvo fué a la puerta del salón principal del palacio, que lucía como un ascua de oro. Las luces eran incontables y sus reflejos realzaban los elegantes vestidos de las damas y los soberbios trajes de corte de los caballeros.

La contemplación de todo aquello agudizó la tristeza que durante todo el día sintiera la desgraciada. Como nunca maldijo su necia soberbia y su funesto orgullo que la habían llevado a la triste condición en que se hallaba. Y entonces sintió envidia por lo mismo que en tantas otras ocasiones despreciara.



hete aquí que, cuanta mayor era esa desesperación suya, avanzó hacia ella nada menos que un apuesto príncipe, que se hallaba entre los invitados e iba vistiendo un soberbio traje recubierto de oro y pedrería. Y ante el asombro de todos los presentes, tomó de la mano a la pobre fregona y se puso a bailar con ella.

Pero si grande resultó el pasmo de todos los



—ENJUGA TUS LÁGRIMAS PRINCESA

invitados, mayor resultó la confusión de la princesa, al encontrarse danzando miserablemente vestida en un salón tan brillante. Y aun aumentó su turbación al reconocer al caballero que tan caprichosamente la había elegido...

¡Era nada menos que el Rey Cuervo! Aquel monarca de quien se burlara tan cruelmente!

La infeliz quiso escabullirse, pero el Rey Cuervo no la dejó. La asió fuertemente de una mano y, al hacer ella grandes esfuerzos para soltarse, se le rompió el cordón del que estaban sujetos los potes con la comida para su marido y todo se desparramó por el suelo, que quedó lleno de trozos de carne, legumbres y salsa.

¡Qué de carcajadas motivó el inesperado suceso! Los palaciegos e invitados encontraban la mar de divertido el suceso, pero, en cambio, la pobre fregona no sabía dónde poner los ojos y hubiera querido morirse allí mismo. ¡Eran ya demasiada vergüenza y humillación!

Y entonces sucedió lo inesperado...

El Rey Cuervo se inclinó galantemente ante la atribulada fregona, al tiempo que alzaba la mano, como demandando silencio:

- Enjuga tus lágrimas, princesa, y cese tu tribulación.

¡Princesa!...

¡Cuán grande fué el asombro que se reflejó en el rostro de todos! Y también en el de la joven. ¿La había reconocido el Rey Cuervo?

Este prosiguió:

- Mírame bien. ¿No me reconoces? El mendigo

que se casó contigo y yo, el Rey Cuervo, como tú me llamaste, somos una misma persona. ¿Te sorprende? Me explicaré. Yo oí por casualidad como tu padre, el rey, en un acceso de ira, juraba casarte con el primer mendigo que acudiera a las puertas de su palacio... Entonces decidí disfrazarme de pordiosero y con barba postiza para ocultar la barbilla que tantas burlas tuyas motivara, me presenté en palacio y conseguí que nos casaran. Y también yo fuí el soldadote borracho que con su caballo destrozó por completo tu puesto de cacharrería...

La princesa escuchaba incrédula las palabras del Rey Cuervo. Y con ella, los sorprendidos cortesanos y el propio padre de la princesa.

- He domado tu soberbia y rebajado tu orgullo - continuó el Rey Cuervo; - y sé que estás dolida de tu pasada altivez y te arrepientes de todos los feos defectos que antes tenías. Es de justicia que concluyan tus penas. Y en este mismo momento lo hago; y te proclamo como esposa del Rey Cuervo!

Al punto la regia pareja se vió rodeada por los cortesanos e invitados a la fiesta. Y el propio padre de la joven reina acudió adónde ella estaba para abrazarla enternecido, pues más de una vez se había condolido de la dureza con que la tratara.

Por su parte, la princesita, ahora reina, no sentía rencor alguno por todo lo sucedido. Lloraba, llena de júbilo, ante el final feliz de su pasada situación. Y llorando fué a sus antiguos aposentos,

seguida por todas las damas y doncellas de honor.

Allí eligió sus mejores galas, y, poco después, del brazo de su marido, reaparecía en la sala de la corte.

Y al siguiente día, se celebraron con toda pompa las bodas de los reales esposos. Aseguran que las fiestas fueron soberbias, duraron muchos días; tantos, que aún hoy se habla de ellas en el país lejano, muy lejano, donde toda esta historia sucedió.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



EL AHIJADO DE LA MUERTE

DUES señor, había una vez un padre desgraciado, que casi no podía alimentar a los diez hijos que tenía. Apenas si ganaba dinero para ello, con lo que ya comprenderéis que el pobre estaba muy desesperado.

Y para colmo de males, fué su mujer y le dió el undécimo hijo.

¡Uy, qué dolor tan grande sintió el infeliz! Generalmente, el nacimiento de un nuevo ser suele causar alegría, satisfacción, vanidad; pero el que el buen hombre recibía como undécimo de sus hijos, le llenó de desolación. ¡Cómo iba a alimentarle, si no sabía qué hacer para llenar los estómagos de los otros diez!

Lo peor fué que el recién nacido era muy gordinflón y se chupaba con tanto afán sus deditos, que a la legua se veía que iba a desvivirse por la comida. Lo peorcito que le podía suceder al atribulado padre.

- ?Y qué voy a hacer yo? - se decía el pobrecillo. - ¿Con qué le mantengo?

La misma dificultad casi insuperable de su problema, le hizo aguzar tanto el ingenio que, a la postre, tuvo una idea soberbia.

- ¡Ya sé! - se dijo. - ¡Le buscaré unos buenos padrinos! Eso es, y ellos se encargarán de mantenerlo y de cuidarlo.

Y de acuerdo con esta idea, salió de su humilde casa, en busca del deseado padrino para el inoportuno hijo.



poco de andar, encontróse con Jesucristo, que le miró con dulzura.

El campesino, porque eso era el pobre padre, caviló un momento en si le convenía que el Señor apadrinara a su hijo.

- No - determinó al cabo. - No me conviene. No es de mi agrado su forma de repartir en este mundo los bienes y miserias. Eso de que a unos les dé todo y a otros les priva también de casi todo, es poco justo. Y a lo mejor no se comporta debidamente con mi hijo. Decididamente, no me interesa.

Mientras así pensaba, Jesús leía en su corazón,



ENCONTRÓSE CON JESUCRISTO

pués Dios tiene el poder de introducirse hasta lo más íntimo del pensamiento humano.

Pero no se enfadó, sino que le perdonó las blasfemias que decía. Le disculpaba en atención a la miseria en que vivía, pues no ignoraba que la pobreza da lugar al pesimismo y que éste hace olvidar, pensando en este mundo, la felicidad que aguarda en el otro.

Siguió andando el campesino. Y al cabo de un rato, topóse con el Diablo.

- ¡Hola! - le saludó Satanás. - Sé lo que buscas... Alguien que apadrine ese hijo que te acaba de nacer.

- Es verdad.

- ¿No te sirvo para el caso? Me portaré bien con tu hijo. Le daré todo el dinero que quiera y conmigo conocerá y gustará todos los placeres que se pueden hallar en la vida.

El buen hombre le rechazó de plano.

- ¡Oh, no! - dijo. - No quiero que tenga nada que ver contigo. Es posible que le dieras cuanto dices y aun más; pero, a cambio de esto, le ocasionarías la pérdida eterna de su alma.

Y dejándole plantado, siguió buscando el suspirado padrino.

Anduvo esta vez un poco más y al final tropezóse con la Muerte.

- Hola, campesino - le saludó la Descarnada. - ¿Adónde vas?

- En busca de un padrino para mi hijo.

- ¿Ah, sí? ¿Y no podría ser yo la madrina que



—ENTENDIDOS, PUES

te hace falta? Está seguro que ni tú ni tu hijo tendréis que arrepentiros.

Esta vez el padre no se lo pensó ni un segundo. Respondió:

- Te acepto. Creo que tú eres lo más justo que conozco: no distingues de pobres ni ricos. A todos tratas igual.

- Entendidos, pues. Y te advierto que haces bien en aceptar, ya que cuantos están bajo mi protección se vuelven ricos y célebres, - aseguró la Muerte.

- Pues no hablemos más. ¿Te parece bien que el domingo sea bautizado el niño?

La Muerte no opuso el menor reparo y así convenido, el campesino regresó a su casa, lleno de satisfacción.

Y en efecto, llegado el domingo, tuvo lugar el bautizo, con la Muerte por madrina del que recibía las aguas bautismales.



ASARON los años.

Cierto día, volvió la Muerte a casa del labrador y quiso ver a su ahijado. Le acarició con todo el cariño que le fué posible y, luego, se lo llevó consigo al campo.

Cuando pasaban junto a un bosque, le mostró una planta al muchacho.

- ¿Ves esa planta? - dijo. - Tómala, es mi regalo. Serás médico y con el arbusto ese curarás



—¿VES ESA PLANTA? — DIJO

toda clase de dolencias, por raras e incurables que parezcan. Yo te aseguro que la fama de tu nombre llegará al último rincón del mundo, y que ganarás tanto dinero, que no vas a saber lo qué hacer con él... Pero te impongo una condición: si cuando visites un enfermo me ves al pie de su cama, guárdate mucho de aplicarle el remedio. ¿Has entendido? Si me ves a los pies de un enfermo que visites, invisible para todos menos para tí, no le cures, sea quien sea. Aquel enfermo me pertenecerá y estaré allí para llevármelo en seguida. ¡Guárdate, sobre todo, de desobedecerme! Te costaría caro.

El muchacho prometió hacerlo todo conforme su madrina deseaba, y la Muerte se separó de él.

Pronto el jovencito se convirtió en hombre y como tenía muy en cuenta lo que le dijera su madrina, se dedicó a ejercer de médico. Y si bien al principio tuvo poca clientela y los médicos viejos se burlaban de él, bien pronto comenzó a cobrar fama y en pocos meses llegó a ser conocido en todas partes, hasta el extremo de que de los rincones más apartados acudían enfermos para que les devolviera la salud.

Y aunque estuvieran moribundos los curaba; le bastaba no ver a su madrina, la Muerte, a los pies de la cama para hacerlo.

Todo el mundo se hacía lenguas de él.

- ¡Es maravilloso! - decían unos.

- Hace más que curar: realiza milagros - agregaban otros.

- Como que le basta mirar unos momentos al

enfermo para decir si podrá o no curarle. ¡Y jamás se equivoca! - terminaban los que mejor le habían observado.

Y el ahijado de la Muerte ganaba cuanto dinero quería. Su padre y sus diez hermanos se enriquecieron merced a él y aún los parientes más lejanos también se vieron favorecidos por su esplendidez. Cuando ya no tuvo a quien enriquecer, se compró un palacio soberbio y alquiló un verdadero ejército de criados.

Ni el más poderoso rey podía igualarle.



N día le llamaron para asistir al rey, que repentinamente se había visto aquejado por una grave enfermedad. Acudió el famoso médico, pero apenas entró en el dormitorio del soberano, distinguió a la Muerte, que estaba acurrucada a los pies del lecho. Esto contrarió extraordinariamente al ahijado. Había hecho cuestión de honor triunfar con su real enfermo, al que los otros médicos habían desahuciado.

Vaciló un momento, pero al fin se decidió a desobedecer a su madrina. Pensó que esta seguramente se enfadaría, pero concluiría por perdonarle.

Y en efecto, hizo que el rey tragara jugo de su misteriosa planta, con lo cual quedó sanado inmediatamente.

Esto llevó a la cúspide la fama del ahijado de la Muerte. Todos los demás médicos quedaron postergados ante su mérito.

Pero al llegar a su casa, se encontró con la Muerte, que le aguardaba. Esta vez no se mostró amable con él; como siempre solía. Al contrario, le miró de tal modo que le hizo estremecer.

- Has osado desobedecerme - dijo. - Voy a perdonarte, por esta vez, porque eres mi ahijado. Pero no olvides que nadie te librará de mi castigo si lo vuelves a hacer.

El ahijado, un tanto asustado, prometió que no se repetiría el caso. Y la Muerte se marchó.

Pero, pasado algún tiempo, cayó enferma la princesa heredera, hija única del rey. Naturalmente, el monarca mandó llamar en seguida al famoso médico. Y antes de que entrara en la estancia de la enferma, le prometió que, si la curaba, le casaría con ella y con el tiempo, sería el rey del país.

Imaginad con qué emoción penetró el médico en la estancia de la princesa. Pero, ¡oh, rabia!... Al pie de la cama de la enferma se hallaba la Muerte.

Y lo que era peor, le miraba severamente, amenazadora, para que no olvidase lo que habían convenido.

Lo malo fué que la tentación resultara demasiado fuerte. Se trataba de una princesa hermosa, que podía convertirse en su mujer y que además le llevaba como dote un hermoso reino...

El ahijado de la Muerte no vaciló. Hizo con la hija lo que había hecho con el padre: darle el



PERO AL LLEGAR A SU CASA SE ENCONTRÓ CON LA MUERTE

jugo de la planta misteriosa. Y al punto, la princesa saltó del lecho, completamente curada.

El júbilo del rey y los cortesanos no es para ser descrito. Y la satisfacción del médico también fué grande, sobre todo cuando el monarca confirmó lo dicho anteriormente y anunció la boda de la princesa con su salvador, para dentro de dos días.

Pero al regresar el médico a sus habitaciones, hallóse en ellas con su madrina. ¡Y la muerte mostraba un aspecto tan terrible, que su ahijado se quedó helado de espanto!

ANTES de que su ahijado se repusiera de su pánico, la Muerte le tomó de un brazo con su helada garra y se lo llevó consigo.

Fueron a parar a una enorme cueva, en cuyo suelo y por todas partes, ardían millones y millones de cirios. Los había de todos los tamaños: grandes, medianos y pequeñitos.

El médico observó que a cada parpadeo suyo se apagaban centenares de aquellos cirios, pero que también nacían del suelo otros que se encendían por si solos.

Aquel continuo encender y apagarse semejaba un lago de fuego.

- ¿Que son estas luces, madrina? - preguntó el ahijado.

- Representan otras tantas vidas humanas. Los



—¿ESA, MADRINA?

grandes cirios son la vida de los niños; los medianos, las de los hombres y los pequeños, las de los ancianos o de quienes por una u otra razón van a morir en breve.

El médico preguntó entonces:

- ¿Y cual es mi luz, madrina?

- Esa - respondió la Muerte, mostrando un cirio casi consumido.

- ¿Esa, madrina? - exclamó aterrado el pobre médico. - ¡No, no! Ya sé, me castigas por haberte desobedecido; pero no lo volveré a hacer.

- Te dije que no me desobedecieras por segunda vez - recordó la Muerte.

- ¡Ahora sí que no te desobedeceré jamás! - gimió el desesperado joven. - Toma la planta, si quieres. No me quites la vida ahora que voy a casarme con una princesa, que puedo llegar a ser rey. ¡Déjame reinar un año siquiera! ¡Un mes, una semana, un día... soy tu ahijado: haz que se encienda otra luz para mi, si esa ha de extinguirse...

- ¡No puedo! - respondió la Muerte.

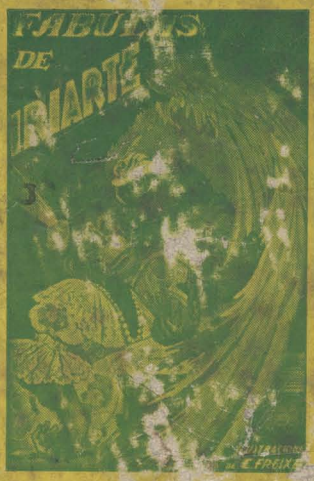
Y en aquel momento se extinguió la luz. En cuanto esto aconteció el ahijado de la Muerte, cayó sin vida a los pies de la Descarnada a la que hiciera traición.

Y con el médico se perdió el secreto de la planta que todo lo cura. Porque la Muerte no ha querido revelarlo jamás a nadie, por temor a que se volviera a abusar del secreto, como había hecho su ahijado.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

LIBROS DE FABULAS



Con esta nueva serie, EDITORIAL MOLINO lleva hasta los niños las grandes enseñanzas morales que encierran las fábulas de los consagrados maestros de este género. Cada libro lleva un dibujo a pluma por cada fábula y la cubierta a todo color.

Consecuentes con las normas establecidas y que han hecho famosas nuestras publicaciones, presentamos esta colección impresa en un cuerpo de letra de lectura fácil y enriquecida por la colaboración de destacados dibujantes especializados en trabajos ideales para el mundo infantil. El éxito cada vez mayor obtenido por las películas de dibujos animados, cuyos protagonistas son, en casi todos los casos, diversos animales nos demuestra cómo los grandes fabulistas crearon hace ya siglos un sistema para interesar a los pequeños infantiles.

EDICION ENCUADERNADA DE LUJOSA PRESENTACION

PUBLICADAS:

FABULAS DE SAMANIEGO — Ilustraciones de Freixas
FABULAS DE IRIARTE — Ilustraciones de Freixas
FABULAS DE ESOPO — Ilustraciones de Alex Coll

PRECIO DE CADA VOLUMEN $ ...

EN PREPARACION:

FABULAS DE LA FONTAINE

URGEL 245
BARCELONA

GOROSTIAGA 1650
BUENOS AIRES

EDITORIAL MOLINO